

EL PRÍNCIPE Y EL CABALLO ALADO

4º - 5º

Cuando la tierra de Grecia estaba turbada por extraños monstruos y hombres salvajes, vivió un príncipe llamado Belerofonte, quien, aunque era honesto y valeroso, tenía un carácter violento e ingobernable. Siendo muy joven mató a su propio hermano en un arranque de furia. Y aun cuando no había tenido otra intención que hacerle desmayar, fue acusado de homicidio y lo desterraron de su país. Así fue como recorrió toda Grecia, en busca de aventuras como correspondía a un príncipe, hasta que por fin llegó al palacio del Rey de Argos cuyas hijas se habían visto atacadas por la extraña locura de creerse vacas.

El príncipe Belerofonte fue recibido amablemente por el rey y pasó muchos días como huésped en el palacio. Pero, cuando la reina vio a aquel joven tan gallardo, se enamoró profundamente de él. Un día en que el rey estaba cazando, la reina se acercó a Belerofonte y le dijo:

"Noble príncipe, no puedo vivir sin ti, pues te amo más que a nadie en el mundo.

Huyamos juntos a cualquier reino distante donde el rey, mi esposo, no pueda encontrarnos y allí podamos casarnos. Huyamos ahora, mientras está de caza, y nos llevaremos todas las riquezas que podamos."

Belerofonte se horrorizó y respondió furioso:

"Jamás pensé que una mujer pudiera ser tan perversa, menos aún una reina. Lo que vos pedís es tan vergonzoso que si lo hiciéramos ninguna persona decente querría dirigirnos la palabra. Aunque te amara, no podría hacer algo tan malo como huir con la esposa del hombre que me recibió como huésped. ¡Ahora, incluso creo que te odio!"

Con estas palabras Belerofonte salió furioso del palacio, y no regresó hasta muy entrada la noche, cuando estaba más sereno. La reina sintió que su amor se trocaba en odio, pues la invadió el temor de que Belerofonte revelara al rey lo que ella había querido hacer, después de lo cual el rey la castigaría con la muerte. Por eso aquella noche, cuando su marido regresó de la cacería, la reina lo estaba aguardando con los ojos llenos de lágrimas, oscurecidos por el miedo y el horror.

"¡Oh, mi querido esposo!", sollozó. "¡Ha ocurrido algo espantoso!. Nuestro huésped, el príncipe Belerofonte es un hombre perverso, se acercó a mí mientras estabas cazando y me rogó que huyera con él y que nos lleváramos todos los tesoros y las joyas. Naturalmente, lo rechacé horrorizada y entonces él juró que reuniría a un grupo de salvajes para raptarme y llevarse además todos tus tesoros. Por eso te suplico que lo mates... ¡mátalo enseguida, antes de que sucedan estos males!"

Cuando oyó eso, el rey se encolerizó y sintió el impulso de apresar a Belerofonte y hacerlo apedrear hasta morir. Pero después pensó:

- "No, a pesar de todo lo que trató de hacer, el príncipe es mi huésped y matar a un huésped es una acción perversa, castigada por los dioses.. Pero otra persona puede matarlo... ¡Sí, naturalmente, la persona indicada es mi suegro, el Rey de Licia!

Al día siguiente el Príncipe Belerofonte se presentó ante el rey y le dijo:

- "Señor, te agradezco tu hospitalidad, pero ahora debo seguir mi camino en busca de aventuras, pues no creo que aquí pueda hacer fortuna"

El rey respondió:

- "Tienes razón, aquí no es posible hacer fortuna. Pero si vas a las tierras de mi amigo, el Rey de Licia, estoy seguro de que él podrá ayudarte a ganar lo que mereces. Aquí tienes una carta para él, entrégasela y él te dará la bienvenida."

El príncipe partió y recorrió mares y tierras hasta que llegó a Licia. Allí supo que el rey estaba visitando una parte distante de su reino, pero su hija la hermosa princesa, lo recibió amablemente y lo agasajó durante nueve días. Al décimo día regresó el rey y Belerofonte le entregó la carta. Cuando la abrió, el rey se horrorizó al leer:

- "El príncipe que lleva esta carta es un villano. Trató de raptar a mi esposa, tu hija mayor. Por favor, mátalos"

El Rey de Licia sintió la misma turbación que el Rey de Argos, puesto que el Príncipe Belerofonte había comido de su pan y de su sal, de modo que ya era un huésped protegido por los ritos sagrados de la hospitalidad. Pero al cabo de un tiempo le dijo:

- "Príncipe Belerofonte, mi yerno me dice que eres un príncipe sin legado, y que buscas fortuna. Si demuestras ser digno, te casarás con mi hija y serás Rey de Licia cuando yo muera."

Belerofonte se alegró muchísimo ante ese ofrecimiento.

- "¡Dime qué debo hacer!"- exclamó lleno de ansiedad

- "Ya estoy enamorado de tu hermosa hija, la princesa que me agasajó con tanta amabilidad, ningún trabajo será demasiado pesado, ningún peligro será demasiado grande para ganar ese premio."

- "Me alegro de oírte hablar así" dijo el rey sombríamente "porque ni siquiera puedo pensar en ti como yerno hasta que hayas matado a la Quimera."

Este era un monstruo terrible con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón. Arrojava llamas por una segunda boca que tenía en medio del vientre, y había destruido ejércitos enteros enviados para matarlo. Parecía un tarea imposible, y el príncipe Belerofonte se alejó desesperado sin saber a quién dirigirse en busca de ayuda o consejo.

Después de muchos, muchos días, llegó a la isla donde vivía el Adivino Poliduo, y le imploró que le dijera cómo podía vencer a la Quimera.

- "Hijo mío", dijo solemnemente Poliduo.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/micael/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

"No hay un solo hombre que camine sobre la tierra que pueda acercarse a la Quimera y conservar la vida, ni tampoco ningún ser de cuatro patas."

"Caramba", exclamó descorazonado Belerofonte.

"Entonces sólo las aves pueden acercarse a ella, y no hay ninguna bastante fuerte para que yo la monte".

"No existe tal ave", dijo Poliduo, "pero está el caballo alado, un gran corcel blanco que vive en lo alto de la montaña mágica, donde tienen su morada las nueve hadas cantoras llamadas Las Musas. Únicamente si puedes apresar y montar el caballo alado, que se llama Pegaso, podrás vencer a la Quimera. Y aun así, debes recordar que no existe arma alguna que pueda llegarle al corazón."

Así fue como el Príncipe Belerofonte navegó hasta Grecia y a su tiempo llegó a la montaña sagrada, donde encontró a las hadas cantoras sentadas en torno a una fuente en forma de media luna que Pegaso había abierto con un certero golpe de pata. Recibieron afablemente Belerofonte, pero cuando el príncipe les dijo cuál era el motivo de su viaje, sacudieron todas la cabeza y lo miraron gravemente.

"Pegaso, el caballo alado, viene a beber en esta fuente" le dijeron "pero ningún mortal puede montarlo, ni conocemos nosotras encantamiento alguno para apresarlo, pues es la criatura más veloz que pisa la tierra y la más rauda de cuantas vuelan en el cielo."

Belerofonte se sintió desesperado. Pero a pesar de todo, aquella noche se tendió junto a la fuente mágica, escondido entre las hierbas y las flores, decidido a mantenerse despierto para apresar a Pegaso. Con todo, a pesar de sus esfuerzos, de pronto quedó dormido, y tuvo un sueño. Soñó que despertaba mientras estaba tendido junto a la fuente, y que veía una forma resplandeciente que flotaba sobre él... como si fuera una gran reina con un escudo brillante en el brazo y un casco de oro en la cabeza. En la mano llevaba unas riendas de oro, que le entregaba con estas palabras:

"¿Duermes? Tú algún día puedes ser Rey de Licia. Despierta, apróntate y toma esto que te entrego, el hechizo para domar tu corcel, que ningún otro podrá montar".

Entonces Belerofonte despertó de verdad y al mirar a su alrededor vio algo que brillaba en el pasto junto a su mano: las riendas de oro que había visto en sus sueños. En cuanto las tomó en sus manos oyó el susurro de alas poderosas que batían el aire, y el gran caballo alado descendió iluminado por la luna hasta quedar cerca del príncipe, relinchando y arqueando el pescuezo. Después, doblando las alas en los flancos, avanzó y hundió la nariz en las aguas plateadas de la fuente. Con mucha cautela, Belerofonte se arrastró de rodillas hasta quedar bajo el cuello extendido. De pronto deslizó las riendas de oro en la boca abierta y poniéndose de pie las pasó sobre las orejas blancas como la nieve, y con un rápido movimiento rodeó el cuello con la cadena de oro y la aseguró en su sitio. Entonces, mientras Pegaso agitaba la cabeza y bufaba, Belerofonte arrojó las riendas sobre la cabeza y saltó a su lomo. En un

momento se alejaron del suelo mientras volaban velozmente en la noche, muy por encima de las montañas negras y los mares profundos. El príncipe Belerofonte gritó de alegría ante ese vuelo magnífico, y Pegaso, su caballo alado, relinchó y agitó la cabeza.

Al amanecer descendieron en lo alto de otro monte. sobre un istmo entre dos golfos del mar y allí Pegaso volvió a golpear el suelo con la pata, y surgió otra fuente de la que bebieron él y su jinete. Después Belerofonte le quitó el bocado para que Pegaso pudiera pastar y el gran caballo alado relinchó amistosamente y frotó la nariz contra el hombro de su jinete. Ahora que ya tenía su corcel, el Príncipe Belerofonte partió en busca de la Quimera. Por fin la descubrió devastando valles fértiles, devorando las vacas y las ovejas y destruyendo con su aliento feroz todo lo que encontraba a su paso.

Mientras volaba muy alto sobre el monstruo, Belerofonte comenzó a arrojarle lanzas muy afiladas. Pero aunque lograba herirla, no parecía causarle mayor daño, y sólo la enfurecía y aumentaba su poder de destrucción. Rugiendo, la Quimera saltaba de aquí para allá, mientras lanzaba lenguas de fuego por la boca de cabra que tenía en el extremo de un cuello largo que surgía en medio de su espalda. Mientras descendía rápidamente montado en Pegaso, Belerofonte sintió el calor de ese aliento mortal y tuvo una idea.

Se remontó muy alto con Pegaso, y al poco rato regresó volando con la larga lanza asida firmemente en las dos manos, y en la punta del arma un gran trozo de plomo. Volvió a descender sobre la Quimera, y cuando el terrible monstruo abrió la boca de cabra para lanzar una gran lengua de fuego, Belerofonte dejó caer el trozo de plomo que penetró en la garganta de la Quimera.

Entonces el monstruo rugió y se retorció en el suelo, mientras se clavaba las pezuñas de león y de dragón, pues el trozo de plomo se le había derretido en la garganta ardiente, y el metal líquido se deslizó hasta sus entrañas, y allí encontró el camino hasta el corazón.

Entonces la Quimera se revolvió por última vez y quedó inmóvil, muerta. Belerofonte regresó volando triunfante al Palacio del Rey de Licia, y reclamó su recompensa.

"De ningún modo", replicó el rey. "Luchaste y venciste a un monstruo, pero ahora debes luchar contra un ejército. Hay una horda de hombres y mujeres salvajes que invadieron una zona distante de mi reino. Ve solo derrótalo... entonces la princesa será tu esposa".

Belerofonte fue hasta donde Pegaso lo aguardaba, y pronto voló sobre las montañas para atacar a las hordas salvajes. En el camino se detuvo junto a un río que había disminuido su curso hasta quedar convertido en un hilillo, debido a los fuertes calores. Allí llevó un talego de piedras que colocó delante de sí, sobre el cuello de su corcel, y partió otra vez.

Cuando llegó a sobrevolar el ejército de salvajes invasores, descendió y gritó a los jefes:

"¡Salid de este país, o moriréis en mis manos!"

Los salvajes levantaron la mirada, pero cuando vieron solo a un hombre, aunque montaba un caballo alado, lanzaron carcajadas y se burlaron de él, y trataron de atravesarlo con sus flechas. Entonces Belerofonte habló con Pegaso, y subieron muy alto. Se remontaron cada vez más, hasta que los salvajes del ejército parecieron solo ratas o erizos que corrían

allá abajo. Entonces Pegaso detuvo el vuelo, flotó en el aire, y Belerofonte comenzó a arrojar puñados de piedras de su talego. Y estaba tan alto, que hasta la piedrecilla más pequeña caía con tal velocidad cuando llegaba al suelo, que si golpeaba a un hombre, lo atravesaba y lo mataba. Al poco rato, Belerofonte volvió a descender, y descubrió que muchos de sus enemigos *habían muerto, mientras el resto había huido aterrorizado a su propio país.*

-!"Y bien!", exclamó al regresar a Licia, después de informar al rey que sus enemigos habían muerto o huido.

-!"*Ahora la hermosa princesa es mía!*"

-!"*De ningún modo*". respondió el rey. "*Todavía tienes que cumplir otro trabajo antes de ganar tu recompensa. Hoy me han dicho que ha sido avistada una flota de buques piratas que navegan hacia aquí para atacar esta isla. Destruye a los piratas y mi hija será tuya*".

Una vez más Belerofonte montó sobre Pegaso. Pero esta vez llevó consigo la roca más grande que encontró. Después voló sobre el mar hasta que avistó a los buques piratas y arrojó la piedra sobre el primero. Le abrió una brecha enorme por la que entró el agua y el buque se hundió.

Belerofonte regresó a la tierra en busca de otra roca, y después de haber hundido tres buques, el resto viró y huyó para salvarse.

-!"*Ahora*", pensó Belerofonte, "*mis tareas han terminado y podré reclamar a la princesa*".

Pero el rey temía que Belerofonte fuera verdaderamente el perverso aventurero que había dicho el Rey de Argos, y convocó a su ejército, apresuradamente, y se dispuso a matarlo. Cuando Belerofonte descubrió lo que intentaban hacer, se enfureció. Saltando sobre Pegaso, guió al corcel alado hasta el gran dique o banco de tierra que impedía que el mar invadiera las tierras bajas de Licia.

-!"*Golpea, Pegaso, golpea!*", gritó, y el caballo alado resopló ferozmente y golpeó el suelo con sus poderosas patas, hasta que el dique se rompió y la marea creciente comenzó a inundar todo el país. Belerofonte avanzó entre el agua, y el ejército de Licia se volvió y huyó. El mismo rey rogó al príncipe que salvara su tierra prometiéndole todo lo que quisiera, pero Belerofonte pareció no oírlo. El rey estaba desesperado, pues creía que él y todo su pueblo perecerían ahogados. Entonces la princesa reunió a todas las mujeres, quienes la siguieron para suplicar a Belerofonte que las salvara, junto con su pueblo. Cuando el príncipe las vio avanzar hacia él en el agua, con los vestidos atados a la cintura, y a su hermosa princesa a la cabeza del enorme grupo, Belerofonte se arrepintió de lo que había hecho. De inmediato hizo virar a Pegaso y voló hasta el dique, donde el gran caballo alado reparó el daño con unos cuantos golpes de su patas. Entonces no subió más agua, y la que había inundado las tierras se secó pronto y el país se salvó.

Belerofonte se presentó ante el rey y le preguntó muy enojado por qué lo había tratado de una manera tan falsa y vergonzosa. Como respuesta, el rey le entregó la carta del Rey de Argos, y cuando Belerofonte la leyó, comprendió lo que había hecho la reina perversa. Entonces contó la verdad al Rey de Licia, y éste le pidió perdón; al día siguiente se celebró su

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/micael/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

boda con la hermosa princesa. Al poco tiempo, el viejo rey renunció al trono y Belerofonte reinó en su lugar.

Un buen día, estando la reina de Argos muy contenta en su palacio, creyendo que Belerofonte ya había muerto, se le apareció un precioso caballo blanco en su jardín. La mujer sintió muchas ganas de montarlo, el caballo se dejó y al comprobar que volaba, fustigó al animal para que la subiera muy, muy alto. Cuando Pegaso obedeció fue para llevarla sobre el mar y allí, rozando casi las nubes la hizo caer al mar y nunca nadie supo de ella ni de cómo había perecido.

Aportación del Colegio Waldorf Lima